

los relatos de calibre 38



ABUELITA

© José Montero Muñoz

Cuando Madre me mandó a la casa de la Abuelita, aún no sabía que los Tres Cerditos habían jodido lo de los diamantes, ni que el Lobo Feroz me estaba esperando con una Desert Eagle de 9 mm Parabellum capaz de parar el avance de un rinoceronte africano adulto.

—Hola, Caperucita. Te estaba esperando —rompió el pesado silencio con su voz de tenor.

—No sabía que estabas aquí, Lobito, si no, hubiese venido antes —mentí para ganar tiempo.

Sabía que cuando contrataban al Lobo Feroz, después los limpiadores tenían trabajo extra, y el reguero de sangre que iba de la habitación hacia la cocina lo confirmaba. La Abuelita había pasado a mejor vida, y si no pensaba en algo rápido, me reuniría con ella en menos que cantaba un gallo.

—¿Dónde están los diamantes que habéis robado tú y los tres cerditos?

—¿Qué diamantes? —intenté disimular.

¿Cómo se había enterado el Lobo de nuestro atraco a la joyería; Madre estaría compinchada con él, o se habría enterado por otras

fuentes?, me pregunté mientras intentaba coger de mi tobillera el 38 corto.

—No me tomes por tonto, Caperucita. Sabes que Madre te ha mandado aquí para que recojas los diamantes. La Abuelita me lo dijo antes de comerse una bala de mi 9 mm. Y no creo que quieras que haga un rompecabezas con esa carita tan hermosa, ¿no?

—Te juro por Dios que no sé de qué me estás hablando. No he venido a recoger ningún diamante. Madre me mandó porque decía que la Abuelita se encontraba mal.

—No me gustan las niñas mentirosas, Caperucita. Creo que piensas que esto es un juego, y no lo es. Las cosas se van a poner muy feas para ti, encanto, y no esperes que ningún leñador venga a salvarte. Porque eso no pasará.

El tiempo se me acababa, y sabía que el Lobo Feroz estaba perdiendo la poca paciencia que tenía. Si quería salir de allí con vida, tenía que hacer algo y rápido. Así que decidí poner toda la carne en el asador. Me insinuaría, intentaría que el Lobo perdiese un poco de aquella tranquilidad heredada del mismo hombre de hielo.

—¡Lobito, Lobito, qué ojos más grandes tienes! —le dije con la voz más sensual que pude sacar de mis encantos infantiles.

Madre me había comentado que el Lobo tenía gustos raros, que le apasionaba jugar con niñas. No las tenía todas conmigo, pero

aquel subterfugio era el único que se me ocurrió. Sabía que mi 38 corto le haría un buen boquete en aquella sesera de enfermo, pero tenía que distraerlo el tiempo suficiente como para sacarlo. Me contoneé un poco delante de su cara pero, cuando quise acercarme, un disparo de su Desert Eagle de 9 mm delante de mis pies me detuvo.

—No, Caperucita, no me gusta jugar cuando estoy trabajando. Ya veo que has hecho los deberes, pero no te han informado bien. Mis cositas las hago cuando no estoy currando... —me dijo moviendo de un lado a otro su Desert Eagle de 9 mm.

Me maldije por ser tan torpe. Había perdido cualquier ventaja, me lo tendría que jugar todo a una carta. O lo mataba o él me mataba. Lo miré y sin apartar la mirada de sus ojos acerados me agaché con la agilidad de una gatita juguetona. Saqué el 38 del interior de la bota y disparé. Dos detonaciones y nuestras balas se cruzaron en el aire. Después de los impactos sordos, nuestros cuerpos boquearon por seguir respirando; por no perder nuestra conexión con la vida.

José Montero Muñoz, nacido en Alicante el 15 de septiembre de 1973 y Licenciado en Filología Hispana por la Universidad de Alicante, ha publicado relatos en revistas como, entre otras, Gangsterera o Forjadores, dedicadas algunas de ellas a la ciencia ficción. Ha publicado cuentos en antologías de corte negro como "Cosecha Negra" y "Aquemarropa". Su primera novela, también de corte negro, titulada "Ruido de tambores", ha sido publicada en 2012 por Literaturas com Libros.